

CRECIMIENTO EMPRESARIAL Y BUENOS EMPLEOS: UNA APROXIMACIÓN GENERAL

**INSTITUTO DE ESTUDIOS
ESTRATÉGICOS**

EL *THINK TANK* DE
FOMENT DEL TREBALL

CON EL PATROCINIO DE:



Y LA COLABORACIÓN DE:





El Instituto de Estudios Estratégicos, el *think tank* de Foment del Treball, pretende contribuir a conformar una sociedad cohesionada y abierta. Como laboratorio de ideas, se sustenta en las aportaciones de quienes lo integran, personas comprometidas con el bien común desde sus diferentes sensibilidades políticas y sociales, y con orientaciones profesionales diversas en los ámbitos de la economía, la empresa, la cultura y las ciencias sociales o políticas.

El principal objetivo es analizar este nuevo mundo que, sustentado en la globalización y la revolución tecnológica, se va construyendo de manera acelerada, y en el que el papel de la empresa es fundamental, no solo por su función tradicional de creación de riqueza y empleo, sino, también, por su compromiso con la sostenibilidad y el bienestar compartido. Por ello, conviene favorecer un mayor acercamiento entre empresa y sociedad, rompiendo con el desconocimiento que, con demasiada frecuencia, mantiene alejados al mundo de la cultura, la educación o la función pública de la realidad empresarial.

Solo desde ese conocimiento mutuo y compromiso compartido será posible responder a los grandes retos que, en su momento, impulsaron la creación del Instituto y que la pandemia y las tensiones geopolíticas, con sus efectos devastadores sobre la economía, han convertido en exigencias ineludibles.



PRÓLOGO

Josep Sánchez Llibre **7**
Jordi Alberich **9**

INTRODUCCIÓN

Crecimiento empresarial y buenos empleos **12**

SESIÓN 1

Democracia, crecimiento y bienestar en el siglo XXI **21**
Resumen de la conversación entre Antón Costas y Manel Pérez

SESIÓN 2

Salarios, ocupación y crecimiento **34**
Resumen de la conversación entre Miquel Puig y Rosa Nonell

SESIÓN 3

¿Podemos confiar en el capitalismo? **47**
Resumen de la conversación entre Jordi Gual y Esther Vera



JOSEP SÁNCHEZ LLIBRE

Presidente de Foment del
Treball Nacional

El **Instituto de Estudios Estratégicos**, el *think tank* de Foment del Treball, se constituyó en marzo de 2019 con la voluntad de ir más allá de la defensa estricta de intereses específicos a corto plazo, para acercarnos a las cuestiones más profundas que amenazaban nuestro modelo de economía liberal y sociedad abierta.

Así, en el primer documento se señalaba como nuestro primer fin fundacional «... *hacer de la revolución tecnológica y la globalización un generador de riqueza que se traslade a todos los ciudadanos y no conduzca a una fractura social y un deterioro de la política tradicional, tal como viene sucediendo de manera generalizada en el mundo occidental*». Todo ello, entendiendo que «... *en ese nuevo mundo que se va construyendo de manera acelerada, el papel de la empresa debe resultar fundamental, no solo por su función habitual de creación de riqueza y empleo, sino, también, para asumir un mayor compromiso con la sostenibilidad y el bienestar compartido*».

A lo largo de estos años, la realidad se ha mostrado cada vez más y más enrevesada, sin que acabemos de abordar las razones

“

Confiamos que esta iniciativa contribuya a fortalecer la convivencia y a construir un futuro más atractivo para todo el mundo.

”

más profundas de ese consistente malestar social que alimenta los populismos y la radicalidad política. Ante esta complejidad, creemos que buena parte de la solución implica garantizar el acceso a un buen empleo a toda persona que desee trabajar. Esta solución requiere una ocupación estable con una remuneración suficiente para enraizarla y que permita a las personas consolidar su futuro y mejorar su calidad de vida.

Pero este objetivo tan ambicioso solo será alcanzable si se acompaña de un crecimiento empresarial sostenible, que impulse un tejido productivo sólido, capaz de generar una riqueza más equitativa.

En este sentido, Foment del Treball, a través de su *think tank*, pretende favorecer el debate y la elaboración de propuestas mediante el programa **Crecimiento Empresarial y Buenos Empleos**, cuyo sentido y alcance detallamos en la exposición de motivos que sigue a esta introducción. Confiamos en que esta iniciativa contribuya a fortalecer la convivencia y a construir un futuro más atractivo para todos.



JORDI ALBERICH

Vicepresidente Coordinador del
Instituto de Estudios Estratégicos, el
think tank de Foment del Treball

Para reconducir el malestar social y recuperar una política de calidad es necesario generar un gran número de buenos empleos, ya que un puesto de trabajo digno contribuye de manera decisiva a que las personas se arraiguen, a su reconocimiento social y a mantener la esperanza en un futuro mejor. Solo así, millones de ciudadanos dejarán de mirar atrás con resentimiento y de escuchar a aquellos que les prometen recuperar un mundo que consideran les ha sido arrebatado injustamente.

Este objetivo, tan ambicioso como necesario, no será alcanzable sin un crecimiento empresarial más sólido y sostenible. Sin este, no se generarán buenos empleos y, sin estos, no será posible un desarrollo económico sostenible.

No obstante, el progreso empresarial, aunque esencial, no es suficiente. Es imprescindible avanzar desde múltiples perspectivas, ya que se trata de corregir las disfunciones de un capitalismo que, con demasiada frecuencia, parece alejarse de los principios que lo legitiman y lo hacen el mejor de los sistemas económicos conocidos.

“

Un puesto de trabajo digno contribuye de manera decisiva al arraigo de las personas, a su reconocimiento social y a mantener la esperanza en un futuro mejor.

”

Con esta visión hemos identificado diversos ámbitos de actuación que detallamos en el documento anexo. Todos serán objeto de debates entre expertos en las actividades organizadas por el **Instituto de Estudios Estratégicos**, el *think tank* de Foment del Treball.

Iniciamos este proceso con la publicación de un primer ciclo de reflexiones fruto de los encuentros realizados hasta ahora: tres debates en los que hemos intentado entender de dónde venimos, las causas de la inestabilidad actual y qué caminos deberíamos explorar en los próximos años. Esta iniciativa tendrá continuidad con nuevas publicaciones centradas en cuestiones más concretas.

Además de recoger las aportaciones de los ponentes en cada una de las temáticas abordadas, queremos exponer el posicionamiento de nuestro *think tank* sobre estos grandes retos. Todo ello con el objetivo de contribuir a enriquecer y dinamizar un debate fundamental para nuestro futuro, en el que deseamos que nuestra voz –convencida de la trascendencia del hecho empresarial– desempeñe un papel relevante.

INTRODUCCIÓN

CRECIMIENTO EMPRESARIAL Y BUENOS EMPLEOS



Con la crisis financiera de 2008 emergió un malestar social que, lejos de desaparecer, se ha arraigado en la gran mayoría de países occidentales. La necesidad de abordar las razones más profundas de dicho descontento condujo a la creación del **Instituto de Estudios Estratégicos**, el *think tank* de Foment del Treball, que en 2019 presentó su documento fundacional *Por un nuevo pacto social: ante los retos del capitalismo y la democracia*. Posteriores acontecimientos dramáticos como la pandemia y las tensiones geopolíticas han evidenciado preocupantes debilidades de la economía globalizada y han acentuado la necesidad de reconducir sus disfunciones.

En los quince años transcurridos desde la irrupción de la crisis financiera global, se han evitado los peores escenarios y se han alcanzado algunos avances notables en ámbitos como la supervisión financiera, la atención a los colectivos más desfavorecidos o la gestión coordinada ante la pandemia. Sin embargo, permanece esa incomodidad social que alimenta los radicalismos políticos, que constituyen una de las mayores amenazas para las democracias liberales. Pero dichos populismos no son el problema, sino la manifestación más contundente de males de fondo que no acabamos de abordar. Entre ellos, y de manera destacada, la falta de buenos empleos.

Tras el afortunado hundimiento del bloque soviético, iniciamos una etapa sustentada en una desregulación y apertura acelerada, que conllevó elevados crecimientos económicos y la generación de numerosos puestos de trabajo, si bien, a menudo, de baja calidad. Así, fue apareciendo un malestar larvado que, aun sin manifestarse de forma ruidosa, adquirió consistencia hasta explotar con motivo de la crisis financiera, dando origen a fuerzas populistas, hoy presentes en todas las democracias occidentales. En respuesta a todo ello, y para

evitar un estallido social que, en ocasiones, parecía inminente, se ha optado por una mayor intervención de los poderes públicos a favor de los más desfavorecidos, ya sea por la vía del aumento del salario mínimo o del despliegue de toda una panoplia de ayudas directas.

Pero ninguna de las dos aproximaciones, la generación masiva de trabajo de baja calidad o las ayudas directas, resuelve el mal de fondo. La única alternativa es acercar a todos los ciudadanos la posibilidad de un buen empleo, entendido como aquel que es sinónimo de suficiencia y dignidad, que ofrece la posibilidad de vislumbrar y confiar en un futuro estable de trabajo y decencia. Y aún estamos lejos de ello, porque para mejorar la calidad de los empleos, son necesarios cambios estructurales y estratégicos.

Así, desde el *think tank* pretendemos constituirnos como un espacio de encuentro, debate y elaboración de propuestas para una mayor generación de buenos empleos. El trabajo decente al alcance de todos es el primer elemento legitimador del buen capitalismo y el sustento indispensable de la democracia parlamentaria. Como seguidamente detallamos, y dada la magnitud de la cuestión, los debates deben abarcar problemáticas muy diversas, con enfoques también diferenciados y orientados a ámbitos geográficos asimismo plurales. Conscientes de que las actuaciones más determinantes deben implementarse en espacios supranacionales, trabajaremos, cuando resulte conveniente, en colaboración con entidades de otros países. En concreto, la actuación pivotará sobre los siguientes ejes:

I.- EL EMPLEO Y LA CONDICIÓN HUMANA

El mercado laboral refleja de manera paradigmática la confusión generalizada del momento. Así, ante la notable desafección hacia el trabajo en el mundo occidental, predominan dos interpretaciones muy diferenciadas. De una parte, la de aquellos que perciben que el empleo ya no es garantía de vida decente, sino que, en no pocas ocasiones, conduce a un malvivir sin solución. Y, de otra, la de quienes acusan a las nuevas generaciones de carecer del valor del esfuerzo, consecuencia de un estado protector en exceso. Para mayor confusión, se viene aseverando que la revolución tecnológica expulsará del mundo del trabajo a buena parte de la ciudadanía. Sin embargo, en cualquier circunstancia, la inmutable condición humana seguirá requiriendo del trabajo como el medio para dotarse del sustento necesario, a la vez que, en buena medida, para realizarse y relacionarse. Solo si compartimos una misma perspectiva acerca del sentido del trabajo en este siglo XXI, podremos avanzar hacia ese mejor mundo al que aspiramos.

II.- LA DIGNIDAD Y NECESIDAD DE TODOS LOS EMPLEOS

En el capitalismo por el que optamos, el estímulo al emprendimiento y el reconocimiento del éxito es perfectamente compatible con que el trabajo sea garantía de una vida digna; a diferencia de interpretaciones interesadas y simplistas de conceptos complejos como la meritocracia o el talento que legitiman condiciones de mera supervivencia para determinadas ocupaciones. Hemos olvidado rápidamente cómo la reciente pandemia nos mostró lo trascendental de muchos empleos que tendemos a minusvalorar, pese a que seguirán resultando indispensables aún en un escenario de pleno apogeo de la inteligencia artificial.

III.- DESIGUALDAD, TRABAJO Y CAPITAL

En nuestro documento fundacional *Por un nuevo pacto social: ante los retos del capitalismo y la democracia*, señalábamos «...con la crisis se destaca, también, la personalidad del modelo económico y social, y su tendencia natural a la desigualdad que hay que corregir. Una cuestión central en el debate público y la manifestación más paradigmática del desvanecimiento de ese gran pacto social europeo. Se ha alimentado la sensación de una desigualdad desmesurada que deriva de la evolución de las rentas del capital frente a las del trabajo; del desempleo estructural; de la caída del nivel de salarios en trabajos de baja o media calificación; o del nivel de precariedad laboral» En los seis años transcurridos desde la presentación de nuestro informe, se ha mejorado en alguno de estos aspectos, pero sigue resultando indispensable un reparto más equitativo de la riqueza y una fiscalidad más justa y universal.

IV.- UNA REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA AL SERVICIO DEL BIEN COMÚN

La inteligencia artificial constituye un extraordinario avance en ese proceso de revolución digital que condiciona la actividad económica y puede llegar a alterar a la propia naturaleza humana. Ante el imparable desarrollo científico, la gran cuestión es cómo conducir los nuevos escenarios en que nos adentraremos. En lo esencial, no estamos ante nada nuevo ya que, como ha sucedido con todas las grandes innovaciones a lo largo de la historia, el progreso puede fracturar la sociedad o, por el contrario, generar una mayor riqueza compartida. La gran cuestión es, de nuevo, cómo la tecnología afecta al actual modelo productivo y social. También, cómo regular estos nuevos escenarios atendiendo al interés general de manera que no se agranden las diferencias, sino que un mayor bienestar alcance a todos.

V.- UN SECTOR PÚBLICO EFICIENTE Y SUFICIENTE

El tránsito hacia una economía capaz de generar buenos empleos pasa por el buen desempeño de los poderes públicos, tanto en las políticas que diseñen como en un uso racional y eficiente de los recursos. En el documento *Una estrategia para evaluar las políticas públicas: en el marco de la indispensable y urgente reforma de las Administraciones*, publicado en diciembre de 2020 decíamos: «*Toda estrategia de evaluación de las políticas públicas debe enmarcarse en el contexto más amplio de reforma de las administraciones, con tres prioridades principales: un mejor sistema de atracción y retención de talento; un uso generalizado de la ciencia, la tecnología y el conocimiento en la formulación y gestión de políticas; y una mayor coordinación entre los diversos niveles de las administraciones públicas*». En este sentido, adquiere una renovada importancia la colaboración público-privada que, con mayor o menor intensidad, venimos experimentando desde hace décadas. Las muchas experiencias satisfactorias deberían servir de estímulo para abordar nuevas iniciativas de interés general desde la transparencia y la lealtad mutua.

VI.- REGULAR LA ECONOMÍA GLOBAL

Una economía global requiere una regulación también global, de la que carecemos y a la que solo la Unión Europea, nuestro espacio supranacional, puede contribuir. En determinados supuestos podrá hacerlo directamente, mientras que, en otros, deberá hablar con una sola voz en ese nuevo escenario global multipolar aún por definir. La Unión Europea tiene capacidad suficiente para avanzar en política *antitrust*, en regular la revolución tecnológica, en desarrollar políticas sociales comunes y en una mayor armonización fiscal entre sus Estados miembros, que muestran disparidades insostenibles en el seno de un mercado único. Asimismo, dinámicas tan determinantes para nuestro

futuro como la inmigración y la adaptación al cambio climático deben ser gestionadas y reguladas desde ámbitos supranacionales.

VII.- MEJORAR LA PRODUCTIVIDAD

El primer paso para un mejor reparto es una mayor generación de riqueza que cree nuevos y buenos empleos e incrementa la calidad de los existentes. Este es un objetivo que requiere la combinación de ambición empresarial, de buenas políticas públicas que establezcan los incentivos adecuados y de una amplia aceptación social. Este nuevo marco, inevitablemente, se traduce en avances tecnológicos y, finalmente, en la mejora de cada unidad productiva. Los ecosistemas innovadores son aquellos que aumentan la renta per cápita de sus habitantes de forma sostenida; son sistemas competitivos cuyos productos, a los precios de los mercados globales, se elaboran con salarios altos y con presupuestos públicos suficientes. La competitividad, en estas condiciones, no se logra sin un aumento de la eficiencia en la producción derivada de la incorporación sistemática del cambio tecnológico y, en definitiva, de la productividad; mejorando la relación entre la producción total de bienes y servicios, PIB, y la cantidad de recursos utilizados, es decir, la mano de obra, el equipo, la energía, las materias primas y el capital.

VIII.- MARCO LABORAL Y DIÁLOGO SOCIAL. EXPERIMENTACIÓN Y ACUERDO

Como hemos visto en años recientes, el diálogo social ha jugado un papel determinante para afrontar coyunturas muy difíciles e imprevistas. Una interlocución que debemos enfatizar a todos los niveles para responder a las exigencias de un mundo de trabajo cambiante que se verá cada vez más sujeto a las aplicaciones prácticas de la inteligencia artificial. Debemos hacerlo sin miedo a

innovar en materia de relaciones laborales. Toda iniciativa sensata que pueda contribuir a generar mejores empleos, aún sin haber sido experimentada previamente, debe ser considerada y abordada sin apriorismos ideológicos ni temor al fracaso.

IX.- FORMACIÓN

La formación se convierte en un elemento determinante para la generación sostenida de buenos empleos, especialmente ante un escenario de cambios profundos que desplazará ciertas ocupaciones, generará nuevos perfiles laborales y transformará muchos de los empleos que persistan. Debemos abordar la formación desde una doble perspectiva complementaria. De una parte, la educación en unos conocimientos esenciales de carácter general y transversal y, de otra, una mayor cercanía al mundo productivo en el que el papel de la empresa como formadora resultará cada vez más decisivo.

X.- LA DIMENSIÓN DE NUESTRAS EMPRESAS

Un elemento clave de competitividad y de generación de buenos empleos radica en la dimensión de las empresas, un aspecto en el que mostramos carencias aún muy significativas. Diversos estudios han demostrado cómo, a igualdad de tamaño, las empresas españolas son tan o más competitivas que las de los países europeos más avanzados. El problema radica en el escaso tamaño medio de nuestras unidades productivas, pese a que en los últimos años se han producido avances significativos. El relevo generacional, acompañado de una nueva mentalidad y la irrupción de los socios financieros en sus diversas modalidades, son elementos que juegan a favor de ese mayor dimensión empresarial, que debería verse respaldada también por una mayor sensibilidad de los poderes públicos.



SESIÓN 1

DEMOCRACIA, CRECIMIENTO Y BIENESTAR EN EL SIGLO XXI

**Resumen de la conversación
entre Antón Costas y Manel Pérez**

Introducción

Un buen empleo es mucho más que un buen salario. Garantiza la posibilidad de una vida digna, la oportunidad de una educación apropiada a las próximas generaciones. Significa tener una formación adecuada, sentir un orgullo de lo que se hace, desarrollar autoestima a través de la ocupación y, también, sentirse portador de un legado. Es decir, no se trata de pensar que, al llegar al final de la carrera laboral, uno simplemente se libera de una carga. Se trata, más bien, de transmitir a las nuevas generaciones que vale la pena trabajar y continuar con ese legado de filosofía de vida. Tiene un sentido personal, pero también social, y da cohesión al conjunto de la sociedad. Por lo tanto, hace más fácil y rica la vida a todos.

La investigación económica se ha orientado considerando el trabajo, casi únicamente, como la fuente de rentas que necesita una familia para llevar una vida digna. Pero tiene también otros atributos que no debemos perder de vista. Para la mayoría de las personas es el mecanismo más importante para desarrollar capacidades intelectuales y habilidades físicas. Además, es el principal acceso a las relaciones sociales. Aquellos que dejan de trabajar tienen un alto riesgo de aislamiento. Por lo tanto, hemos de ver el trabajo, no solo como un generador de ingresos, sino también como un elemento básico para la plenitud del ser humano.

Podemos partir de este elemento común, de la idea de buenos empleos. Una sociedad liberal no puede funcionar bien sin ellos. Lo hemos visto hace exactamente un siglo, en los años 20, cuando la sociedad liberal y el capitalismo no fueron capaces de cumplir con el núcleo moral que legitima el sistema. Lo que los legitima es su promesa, como ningún otro régimen, de dar oportunidades a todos. El fundamento del capitalismo, y de la sociedad liberal, es la capacidad

para dar esas posibilidades, de ofrecer buenos trabajos. La democracia moderna surge, en gran medida, de estos empleos. España es un buen ejemplo de ello. La democracia es el resultado de la creación de unas clases medias muy amplias —ya en los años 50, pero especialmente en los 60 y principios de los 70 del siglo pasado— con la expectativa o promesa de que las personas que aún no pertenecen a ella pueden llegar a formar parte. Sin esa perspectiva, la democracia no puede funcionar. Porque es el pegamento de una sociedad liberal donde, a la vez que cada uno busca sus intereses, las personas permanecen unidas, porque hay algún tipo de unión invisible, que hace que la sociedad funcione de forma armoniosa. Ese pegamento es el “contrato social”, constituido tanto por reglas de comportamiento y costumbres no escritas, como por normas y compromisos que sí que lo están, como, por ejemplo, la Constitución.

Esta idea, que todos podríamos compartir, es muy complicada de llevar a la práctica porque el mundo es global, es altamente competitivo y porque, cuando es el momento de crear puestos de trabajo de calidad, surgen muchos problemas. Se debe tener en cuenta que para generar buenos empleos hay dos variables fundamentales que es necesario considerar. Una es la formación y, la otra, el capital.

¿Qué nos falla, entonces?

Según el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, España se sitúa en la posición número 15 a nivel mundial por volumen de producto interior bruto. Tenemos potencia económica, somos una democracia consolidada de acuerdo con los *rankings* de todos los organismos internacionales y aspiramos a ser una sociedad decente, pero somos el segundo país de la OCDE con mayor pobreza infantil y el Estado donde más aumenta.

Tenemos capacidad económica y una democracia que debe ser capaz de formular buenas políticas públicas y familiares. Pero, también, tenemos una enorme desigualdad. ¿Qué nos falla, entonces?

Para hacer frente a esta disparidad hay dos grandes caminos; simplificando. Por un lado, la redistribución que defiende, entre otras cosas, una renta básica universal, amparada por una parte de nuestra sociedad y de nuestras corrientes políticas; una reasignación más poderosa, impuestos más elevados y, por lo tanto, programas sociales que vayan orientados en esa línea. Por el otro, si aceptamos que la desigualdad viene, en gran parte, por la falta de empleos o por su baja calidad, la redistribución no arregla, por sí sola, el problema de la ocupación. A corto plazo, puede aliviar y resolver algunos problemas, pero, a la larga, hay que ir por la vía de la creación de puestos de trabajo.

Uno de los problemas que tenemos para lograr este cometido es que, probablemente, la vida económica se ha financiarizado mucho. Es decir, la preocupación fundamental de los agentes económicos es, en general, el rendimiento inmediato y con poca implicación en proyectos empresariales de largo plazo. Cada vez hay más deseo de hacer dinero del propio dinero, y no de desarrollar un proceso productivo como tal; que es más largo, más complicado, que requiere muchos más elementos y que, a veces, no es tan rentable en el corto y mediano plazo.

Otra dificultad existente para conseguir esta creación de ocupación de calidad es que hay poca inversión productiva. Hay consenso en que la industria es una de las bases de formación de riqueza y de progreso social. La cohesión social debe considerarse más allá de las cuentas de resultados o de las necesidades directas e inmediatas de las empresas. La cuestión es cómo se construye una sociedad integradora que permita una actividad productiva y enriquecedora para todos. Es una condición básica para una economía estable y rica.

Si miramos, por ejemplo, la evolución del empleo industrial en España y Cataluña en las últimas décadas, observaremos una tendencia a la baja. Desde la crisis industrial, en España se han perdido 9 puntos de empleo y en Cataluña 11 en este sector. Esto lleva a la conclusión de que la creación de estos trabajos tiene obstáculos muy grandes.

El inconveniente es que convivimos en un mundo con poca inversión industrial, incluso en China. Cada vez resulta más evidente la dificultad de crear ocupación de calidad sin una intervención creciente del Estado que, de alguna manera, compense esta falta. Hay inversión privada en la economía, pero el capital privado se aleja cada vez más de la inversión industrial para desplazarse al sector de los servicios.

En las economías desarrolladas y también en aquellas que vienen detrás, se puede observar que la pérdida de empleo industrial es una pauta absolutamente generalizada y constante en todos los países. Sucede en EE. UU., Alemania, Corea del Sur e, incluso, en aquellos tigres asiáticos que hicieron esa gran transformación a través de la manufactura en los años 70 y 80.

Industrialización del sector servicios

Una parte del auge del populismo deriva de un modelo social de bajo valor añadido, de empleo precario, que se desarrolla en paralelo al descenso de la ocupación industrial. La industria fue el gran cohesionador del mundo económico en los Treinta Gloriosos años después de la II Guerra Mundial, pero los problemas comenzaron a medida que ese modelo se erosiona. Más allá del cálculo económico, el efecto social de una actividad industrial potente es muy notable. Sin embargo, la industria continúa a la baja a pesar de todos los progresos tecnológicos, de la informática y de las telecomunicaciones.

Pero, ¿por qué insistimos en la idea de industria? Porque asociamos ese sector a productividad, innovación, eficiencia y crecimiento. Si fuésemos capaces de extender el concepto de industria a la economía en conjunto, no solo a la manufactura sino también, a las finanzas, los servicios, la agricultura, entre otros, entonces podríamos pensar en una política industrial para el sector servicios que mejorase su productividad y sus empleos. La industria ha logrado racionalizar sus procesos a lo largo de toda su cadena de valor, dando productividad a todas las personas que están en cada una de las etapas de ese proceso. Lo mismo se debería hacer con los servicios.

En este sentido, la industria no puede ser la fuente principal del futuro del empleo, ya que representará una proporción cada vez más pequeña en el seno de nuestras sociedades. Aunque sigue siendo importante fortalecer el sector, debemos pensar en un nuevo paradigma. ¿De dónde vendrá, entonces, el trabajo futuro? De donde vino en las décadas pasadas: de lo que se llama, en términos generales, servicios.

En los años 40 o 50, ni la sanidad ni la educación constituían una parte relevante de la fuerza laboral de nuestros países. Sin embargo, hoy son sectores de una creación de trabajo y riqueza muy significativa. En general, el sector servicios, tanto los de la industria como los no industriales, continuarán avanzando, como, por ejemplo, en el área de los cuidados. En esta misma línea, si ahora nos adelantáramos veinte años y miráramos por el espejo retrovisor, veríamos que esta área mencionada ocupará el lugar que antes tuvieron la educación y la sanidad en las décadas anteriores. Los servicios -y no únicamente los financieros, sino los servicios en general, y no la industria- serán la fuente de la fuerza laboral del futuro y, por este motivo, es necesario diseñar y elaborar una política industrial para los servicios.

En este sentido, debemos ver los servicios desde la perspectiva de la productividad de sus empleados. Por lo tanto, estaremos ampliando la productividad total, trasladando la lógica industrial al ámbito de los servicios. Con ello hay un reto muy importante: ser capaces de concebir este sector como una industria, de imaginar una política industrial para los servicios, pero asociándola a la idea de productividad.

Si observamos los datos genéricos de la productividad de los camareros de París con respecto a los de Londres -ambas ciudades con una economía turística muy elevada-, el número de empleados por unidad de negocio de París es menor que el de Londres, y su productividad, así como su salario, son superiores. Por lo tanto, existe la posibilidad de aumentar la productividad. El turista paga por mejores servicios y París sigue siendo la ciudad del mundo que más visitantes recibe. Es cierto que los servicios seguirán aumentando, motivo por el cual, debemos utilizar las nuevas tecnologías y la inteligencia artificial para dotar de mayor productividad a estas personas.

En Estados Unidos, uno de los programas del presidente *Joe Biden* ha sido un fondo que desarrolla tecnologías amigables con el empleo, para potenciar el impulso de ciencias relacionadas con la inteligencia artificial, que no vayan orientadas a sustituir a los trabajadores, sino enfocadas a mejorar su productividad.

La producción industrial no puede seguir incrementándose en una escala que la sociedad no pueda asumir o absorber. Mientras que el crecimiento del sector servicios resulta imparable. El problema es que cuando consideramos la productividad de los servicios, la tendencia, en general, parece ser que es buscar la mano de obra más barata y, consecuentemente, rehuir los incrementos de productividad. Esta propensión a utilizar empleo de baja cualificación y mal pagado crea un modelo en el cual el dinero malo expulsa al bueno.

Por otro lado, también hay un desafío en el ámbito de los servicios menos tecnificados. Este tipo de economía funciona con salarios bajos y condiciones laborales de precariedad. El sector del turismo tiene que actuar como una industria, formar a sus trabajadores, ofrecerles una carrera profesional. Pero hay un problema reputacional. Este inconveniente debe ser aceptado, no solo por imposición legislativa, sino que tiene que venir del propio sector. De lo contrario, cuando no se produce ese cambio cultural en el ámbito empresarial, la regulación acostumbra a no ser muy eficaz.

El papel de la Administración

En España desde hace años que se viene gestando un debate sobre el modelo económico debido al crecimiento significativo en el ámbito de los servicios, especialmente en el turismo. Estamos descontentos con el peso que tienen algunos sectores en la economía, que parecen desplazar a aquellos con mayor valor añadido y productividad, como, por ejemplo, la industria. La alternativa radica en que el factor trabajo debería encarecerse lo suficiente para que la inversión resulte rentable. Y, por lo tanto, con una mejora de la productividad del trabajo, se genere más riqueza y mejoren las condiciones de todos.

El periodista británico, *Martin Wolf*, en su libro *La crisis del capitalismo democrático*, habla de la necesidad de reconstruir un nuevo contrato social en las sociedades capitalistas o liberales, con rasgos distintos del que se creó después de la II Guerra Mundial. También defiende la importancia de una garantía pública de ocupación. Sostiene que toda persona que quiera trabajar y esté en condiciones de poder hacerlo, tiene el derecho a que se le ofrezca un empleo en condiciones dignas. En cierta medida, la Unión Europea ha comenzado a actuar en esta línea con, por ejemplo, la garantía del empleo juvenil. Por su parte, el

economista *John Maynard Keynes* argumentaba que una economía de mercado, aun en aquellas etapas en las que funciona eficientemente, no tiene capacidad de brindar trabajo a todas las personas. Pero estos dos razonamientos opuestos nos llevan a preguntarnos: ¿Qué es ofrecer una garantía de empleo para toda persona que quiera trabajar y esté en condiciones de poder hacerlo?

En el debate de cómo frenar el populismo, ha habido una cierta tendencia de los gobiernos occidentales a creer que estos problemas se arreglaban con ayudas y subvenciones. Sin embargo, una de las condiciones para la integración social es que la persona no se sienta tratada como un indigente que recibe una limosna, sino como un ser humano que reclama dignidad. En ello reside la dificultad de este tipo de políticas.

Estamos en un mundo nuevo. Había corrientes de fondo que venían transformando las cosas desde atrás. Pero, en el inicio de esta década, así como sucedió en los primeros veinte años del siglo pasado, ha habido una concatenación de calamidades que han generado cambios significativos. Lo estamos viendo en ámbitos muy diferentes, hasta en la aparición de nuevas palabras para definir ese mundo. En este escenario el Estado adquiere un papel muy relevante, especialmente en el marco de las llamadas políticas industriales y regionales.

En esta nueva era, que durará décadas, las administraciones están teniendo un rol trascendental en sectores como la política industrial, la tecnológica o la regional. Y, probablemente, poco a poco, pero de una manera creciente, comenzaremos a observar los temores que ya

aparecieron con *Friedrich Hayek* en los años 40 y 50, cuando el Estado Keynesiano asumió un papel relevante: el miedo a un nuevo “Leviatán”. Esa era la desconfianza de *Hayek en Camino de servidumbre*. Pero, ¿por qué motivo su preocupación de Leviatán desencadenado no se produjo en las sociedades occidentales? Si supiésemos dar una respuesta a esta cuestión, ahora podríamos decir que el Estado tendrá durante unos años -quizás décadas- un papel económico más importante, pero evitando que se convierta en un Leviatán. En ello reside el reto.

No obstante, el problema no tiene salida solo por la vía de la regulación pública. En el último Informe publicado por el Consejo Económico y Social de España (CES), sobre *La Formación Dual en España*, todas las variables, tanto para el empleador como para el alumno, mejoran de una forma extraordinaria con la formación dual. Este modelo es capaz de conciliar dos necesidades: la de las personas de tener buenos trabajos con la de las compañías de tener buenos empleados. Las buenas ocupaciones vienen de las buenas empresas. Así, el cambio de mentalidad que se está produciendo en este ámbito en España tiene que acentuarse aún más. Solo el 0,8% de las instituciones privadas españolas están comprometidas o vinculadas con la formación profesional dual (FP Dual), pero cuando, en vez del porcentaje, se observa cómo evoluciona el número de entidades, desde 2019 el aumento es muy significativo. Hay un nuevo paradigma en el mundo corporativo que lleva a ver en la formación dual el instrumento adecuado para la generación necesaria del talento. Este es el camino más eficaz para la creación de buenos empleos y para fortalecer el crecimiento, el bienestar y la democracia en el siglo XXI.

Sesión entre Antón Costas y Manel Pérez



Un buen empleo es mucho más que un buen salario: aporta dignidad, autoestima y cohesión social. El fundamento del sistema capitalista es la oportunidad de un buen trabajo, ya que es el nexo de una sociedad liberal. En ella, aunque cada individuo persigue sus propios intereses, las personas permanecemos unidas gracias a una unión invisible que permite que la sociedad funcione de manera armoniosa.



ANTÓN COSTAS

Presidente del Consejo Económico y Social de España

Ingeniero Técnico Industrial y Catedrático de Economía en la *Universidad de Barcelona*. Su trayectoria se ha centrado en el análisis del papel de las ideas, las instituciones y los intereses en la configuración de políticas y reformas. A través de sus ensayos, ha evaluado las crisis económicas, el futuro del capitalismo y la democracia, así como la necesidad de un nuevo contrato social basado en empleos de calidad. Colabora como columnista en varios medios de comunicación y ha asesorado a diversos gobiernos en materia de políticas públicas. Fue presidente del *Círculo de Economía* (2013-2017) y actualmente lo es del *Consejo Económico y Social de España* (CES).



MANEL PÉREZ

Adjunto al director de La Vanguardia

Periodista y ensayista. Actualmente, es adjunto al director de *La Vanguardia*, medio al que se incorporó en el año 2000, tras haber ejercido previamente su labor periodística en diarios como *El País* y *Cinco Días*. A lo largo de su carrera ha publicado diversos ensayos, entre ellos *La Burguesía Catalana: Retrato de la Élite que Perdió la Partida* (2022). Reconocido por su profundo análisis socioeconómico, ha sido distinguido con múltiples galardones, incluido el premio a la mejor trayectoria profesional en la industria de la economía en 2012 por el *Col·legi d'Economistes de Catalunya*.



SESIÓN 2

SALARIOS, OCUPACIÓN Y CRECIMIENTO

**Resumen de la conversación
entre Miquel Puig y Rosa Nonell**

Introducción

A menudo tenemos la impresión de que antes las cosas eran mejores. Esta nostalgia debe analizarse cuidadosamente para determinar si es una percepción subjetiva. Sin embargo, es cierto que en Europa —incluido en España y, por supuesto, en Cataluña— hubo un período durante los años 60 y la primera mitad de los 70 en el que un trabajador podía permitirse comprar una vivienda e, incluso, un apartamento en la playa. Ahora parece que esta posibilidad ha desaparecido.

Por un lado, existe un hecho objetivo y, por otro, una apreciación subjetiva. En las sociedades occidentales se percibe un creciente descontento. Basta con revisar los titulares de los medios de comunicación para observar lo que sucede en Francia, Alemania o Estados Unidos. Hay una sensación generalizada de frustración entre muchas personas que consideran que el sistema las está excluyendo. Este malestar es significativo porque, tradicionalmente, la clase media ha sido la base de estabilidad para los modelos democráticos y para las sociedades en las que vivimos y queremos seguir viviendo.

La crisis financiera del 2008 dismanteló en gran medida la Europa próspera que se había construido después de la Segunda Guerra Mundial. Ese modelo fue un éxito, especialmente por su capacidad para combinar crecimiento económico con cohesión social. Sin embargo, en la actualidad, la riqueza se ha concentrado en unas pocas manos, mientras que las clases medias han perdido poder adquisitivo. Esta situación exige una revisión del sistema, con el objetivo de garantizar salarios dignos que permitan a las personas vivir con estabilidad y bienestar.

Es necesario reformular el modelo económico y social para construir una sociedad en la que la riqueza se distribuya de manera más equitativa, permitiendo que los salarios sean suficientes para asegurar una vida digna a toda la población.

Productividad y salarios de los servicios

Los salarios de los trabajadores dependen fundamentalmente de dos factores: la productividad, es decir, cuánto tenemos a repartir, y cómo se distribuye esa riqueza. Pero, ¿es cierto que somos menos productivos que antes? Es difícil pensar que hoy lo seamos menos que en las décadas de 1960 o 1970. En sectores como la agricultura y la industria, la productividad es objetiva y medible: toneladas de acero producidas por hora trabajada o kilos de patatas cultivados en un tiempo determinado. Estos indicadores han mostrado un crecimiento continuo.

Sin embargo, en una sociedad predominantemente orientada hacia los servicios, la definición y medición de la productividad presentan desafíos significativos. ¿Cómo evaluar la productividad de un juez o de un profesor? En el caso de la educación, así como en otros servicios públicos esenciales, se percibe una reducción de los recursos disponibles y una menor calidad de los mismos para atender a la ciudadanía.

En el caso del turismo, un sector clave para nuestra economía, se observa una paradoja: la productividad de algunos trabajos, como la de camarero de piso no parece depender únicamente de su eficiencia sino, también, de los salarios y del entorno económico. Un ejemplo ilustrativo es el contraste entre un camarero de piso en un hotel de Barcelona y otro de Suiza. Ambos realizan tareas similares, con procedimientos e instrumentos prácticamente idénticos, pero en Suiza el salario puede llegar a ser tres veces mayor. Esto no se debe a que uno sea tres veces más productivo, sino a que el mercado suizo exige precios más altos, lo que permite y obliga a pagar salarios superiores.

Entonces, ¿de qué depende la productividad del sector turístico y, en general, del sector servicios? En este contexto, no es la productividad la que determina el salario, sino que es el salario el que determina la productividad. La retribución es elevada en Suiza, ergo la productividad es alta. Paralelamente, si en este tipo de trabajos el salario mínimo sube en España, se trasladará al precio. En el turismo es evidente: el cliente paga más y, por lo tanto, el sueldo sube. En este sentido, tenemos un

sector turístico, o un sector de servicios, muy grande, en el cual no queda claro si la productividad sube o baja.

En España, tras la reforma laboral del Partido Popular, los convenios de empresas comenzaron a prevalecer sobre los acuerdos colectivos. Esto dio lugar a la proliferación de empresas multiservicios, muchas promovidas por grandes constructoras, que externalizaron contratos y disminuyeron la retribución de los camareros de piso entre aproximadamente un 30% y un 40%. Esta situación, combinada con una entrada masiva de inmigración en aquel momento, permitió a los hoteleros reducir los costes laborales por el mismo trabajo, generando una presión a la baja sobre los salarios.

Otro problema relevante en el sector turístico es la estacionalidad. Muchos trabajadores solo tienen empleo durante unos meses al año y el resto del tiempo dependen de subsidios. Esta característica reduce significativamente la productividad general del sector, ya que no se optimiza el capital humano durante todo el año. Además, el modelo turístico predominante, centrado en la temporada alta de verano, limita la capacidad de los trabajadores para alcanzar mayores niveles de productividad anual.

El reto principal es mejorar la productividad del sector servicios, especialmente del turismo, y equipararla con la de la industria. Esto implica aumentar los salarios, generar beneficios sostenibles y garantizar una contribución fiscal adecuada. Para lograrlo, Cataluña y España se deben esforzar en transformar su modelo turístico, elevando su valor añadido y adoptando estrategias que aseguren una distribución más equitativa de la riqueza generada.

En definitiva, para fortalecer la clase media y garantizar una sociedad más equilibrada, es necesario afrontar de forma estructural los problemas estructurales de productividad en el sector servicios y replantear el enfoque hacia un turismo más sostenible y de mayor calidad.

Divergencia entre productividad y salarios

Desde la posguerra, durante las décadas de 1940 y 1950, la evolución de los salarios medios y la productividad mostraron un crecimiento paralelo y sincronizado hasta 1975, aproximadamente. Sin embargo, a partir de este año, con la crisis del petróleo, comenzó a observarse una divergencia notable: la productividad continuó en aumento, pero los salarios se estancaron. Esta brecha, que hoy en día sigue ampliándose, ha provocado un malestar creciente en la sociedad, donde muchas personas perciben que, en general, la economía prospera, pero ellas no experimentan una mejora en su calidad de vida.

Un factor clave que contribuyó a esta divergencia fue la deslocalización industrial, iniciada en los años 70. Las empresas occidentales trasladaron su producción inicialmente a Marruecos, luego a Turquía y, más tarde, a países como China, Vietnam e Indonesia. Este fenómeno —aunque permitió que cientos de millones de personas en estos países salieran de la pobreza— generó un impacto negativo en la clase trabajadora de las economías occidentales, que perdió empleos bien remunerados y estabilidad laboral.

A partir de los años 70, también hubo un cambio demográfico significativo: los *baby-boomers* nacidos en las décadas de 1940 y 1950 comenzaron a ingresar masivamente en el mercado laboral. Este incremento en la oferta de trabajadores ejerció una presión a la baja sobre las condiciones laborales.

Paralelamente, el desequilibrio entre capital y trabajo se agudizó. El capital comenzó a trasladarse a regiones con menores costes laborales, obligando a los trabajadores de los países desarrollados a competir con países con salarios más bajos. Además, la nueva economía industrial,

más orientada hacia los servicios y el conocimiento, se concentró en entornos urbanos, provocando el despoblamiento de áreas rurales y ciudades de tamaño intermedio. Esta situación generó un aumento desproporcionado en los precios de los inmuebles en las grandes ciudades como Barcelona y Madrid.

Este encarecimiento inmobiliario ha tenido un impacto directo en los salarios reales. Aunque los ingresos pueden haber aumentado en términos nominales, el costo de la vivienda ha crecido aún más, beneficiando principalmente a los propietarios inmobiliarios. Así, las rentas laborales han perdido peso frente a las rentas del capital y, especialmente, frente a las rentas inmobiliarias.

En este contexto, es interesante retomar las ideas de economistas clásicos como *Adam Smith* y *David Ricardo*, que identificaron que el conflicto social no era entre trabajadores y capitalistas, sino entre estos dos y los propietarios de tierras. *David Ricardo*, por ejemplo, argumentaba que el problema económico más relevante confrontaba industriales y trabajadores contra los propietarios, y que la acumulación de riqueza derivaba de la especulación y del control sobre bienes inmuebles. Esta disputa, que parecía haber quedado rezagada en la historia, resurge hoy con fuerza, enfrentando a empresarios, trabajadores y arrendatarios contra los propietarios inmobiliarios.

En conclusión, la divergencia entre productividad y salarios, junto con factores como la deslocalización industrial, los cambios demográficos y el auge de las rentas inmobiliarias, han contribuido a una creciente sensación de desigualdad. Para resolver este problema, es necesario un enfoque que equilibre las fuerzas entre capital, trabajo y propiedad, y que promueva un acceso más equitativo de los recursos y de las oportunidades económicas.

Productividad de los factores

España afronta un problema estructural de baja productividad especialmente en términos de productividad de los factores. Esto significa que las empresas no logran combinar eficientemente capital, trabajo, innovación, tecnología y un entorno regulatorio adecuado. Además, la prestación de bienes públicos en áreas clave como ciencia, investigación, innovación e infraestructuras no proporciona el apoyo necesario para impulsar el crecimiento.

Al comparar la productividad de los factores, Europa en conjunto presenta cifras más bajas que las de Estados Unidos, y todavía más bajas frente a China, que ha creado entornos favorables para el desarrollo económico. Por su parte, España se sitúa incluso por debajo de la media europea, lo que evidencia un problema de largo plazo que dificulta la consolidación de un mayor valor añadido y un reparto más equitativo de la riqueza.

El gasto público en investigación es insuficiente y su gestión es ineficiente. Muchas convocatorias de programas comunitarios no se adaptan a las necesidades reales de las empresas, lo que resulta en la devolución de un 30 y un 35% de los fondos disponibles. Este problema refleja una falta de planificación estratégica y visión a largo plazo.

En cuanto a la educación, las universidades españolas están entre las menos financiadas de Europa. La relación entre universidad y empresa no ha generado los resultados esperados, y el país se posiciona en los niveles más bajos de rendimiento académico, según los *rankings* de la OCDE. A pesar de múltiples reformas educativas, los centros formativos carecen de autonomía y de mecanismos efectivos para la rendición de cuentas.

Además, la universidad produce demasiados estudiantes y el mercado laboral no llega a absorber adecuadamente a todos sus graduados. Muchos trabajan en empleos que no corresponden a su

nivel de formación o se ven obligados a emigrar. Los investigadores jóvenes, por ejemplo, reciben salarios significativamente más bajos que en países como Alemania, Francia o Estados Unidos.

En relación con los desafíos en el empleo, España tiene la tasa de paro juvenil más alta de Europa. Los jóvenes no están adecuadamente formados para las demandas del mercado laboral actual, especialmente en áreas clave como la digitalización y la inteligencia artificial. La falta de políticas efectivas de empleo ha llevado a un rendimiento nulo en este ámbito.

Los problemas estructurales persisten pese a las numerosas reformas del mercado laboral que se han realizado desde el poder legislativo. Si bien ha disminuido la contratación temporal, la rotación laboral sigue siendo alta, lo que genera inestabilidad. Esto no solo afecta la productividad sino, también, a la calidad de vida de los trabajadores.

España carece de una cultura institucional enfocada en mejorar la productividad. En 2012, la Unión Europea recomendó la creación de Consejos de Productividad para afrontar la crisis económica. Mientras que en el año 2015 otros países implementaron estas iniciativas, España no siguió estos consejos, lo que refleja una falta de compromiso con las mejores prácticas internacionales.

La baja productividad en España no es únicamente un problema técnico sino, también, cultural e institucional. Para abordar esta situación, es imprescindible un cambio estructural que abarque una inversión adecuada en investigación, una mejora en el sistema educativo y una alineación entre las políticas laborales y las necesidades del mercado. Además, es crucial adoptar una visión estratégica que fomente la colaboración público-privada y la implementación de políticas de productividad inspiradas en modelos internacionales exitosos. Solo así será posible superar los desafíos actuales y construir una economía más competitiva y equitativa.

Propuestas

A continuación, se proponen cinco medidas concretas y medibles que podrían aumentar significativamente la productividad colectiva:

1. **Empleo y formación:** En Cataluña, a pesar de que hay un 9% de desempleo, casi todos los sectores afrontan una escasez de trabajadores. Esto implica que aproximadamente entre un 5% y un 6% de la población activa no puede acceder al mercado laboral, pese a que desee trabajar y los empleadores necesitan cubrir sus vacantes. Muchas de estas personas son víctimas de la burbuja inmobiliaria y de políticas de empleo irresponsables que permitieron su subsistencia sin exigir una formación adecuada. Estas personas, con trayectorias laborales marcadas por la precariedad y empleos poco cualificados, representan una pérdida económica significativa. Es esencial implementar políticas activas de empleo que prioricen la formación como requisito indispensable para acceder a las ayudas.
2. **Reconversión del turismo estacional:** El sector del turismo de sol y playa funciona, en muchos casos, solo durante cuatro o cinco meses al año. Esta dinámica genera trabajadores que, durante el resto del tiempo, dependen de subsidios públicos. Para solucionar esta situación, es imprescindible una reconversión que amplíe la actividad del sector durante todo el año, fomentando un turismo sostenible y equilibrado. Esta transformación es particularmente urgente ante el envejecimiento de la población activa, con menos jóvenes ingresando en el mercado laboral en comparación con los que se jubilan.
3. **Incremento del salario mínimo:** Aumentar el salario mínimo interprofesional, como se ha hecho en los últimos años, es una medida positiva y necesaria, especialmente en un contexto en que la fuerza laboral se está reduciendo. Un salario mínimo más alto no solo contribuye a una mayor equidad sino que también impulsa el consumo interno y la productividad.

- 4. Educación:** El sistema educativo debe mejorar sustancialmente para cumplir con los estándares internacionales establecidos por la OCDE, por ejemplo los exámenes PISA. La calidad de la educación es clave para garantizar una fuerza laboral cualificada y adaptada a los retos del mercado laboral moderno. Es imprescindible un compromiso a largo plazo que priorice tanto el rendimiento académico como la conexión entre el sistema educativo y las demandas del mercado laboral.
- 5. Política industrial:** Es necesario revitalizar y priorizar la industria, ya que este sector paga salarios más altos, compite en el ámbito global y actúa como uno de los principales motores de productividad. La industria no puede permitirse ser poco eficiente porque la competencia internacional la eliminaría rápidamente. Por ello, se requiere un enfoque gubernamental serio y estratégico. Aunque algunos debates sugieren que es mejor centrarse en crear entornos favorables para las empresas en lugar de priorizar sectores específicos, China ha demostrado que identificar sectores estratégicos y proporcionarles infraestructura, investigación, educación y apoyo regulatorio puede ser altamente efectivo.

En España, la política de infraestructuras ha estado tradicionalmente más orientada a maximizar beneficios políticos que en potenciar la productividad. Esto ha generado un uso ineficiente de los recursos públicos. En contraste, países como China han invertido estratégicamente en sectores clave como las energías renovables, logrando posicionarse como líderes en paneles solares y tecnología industrial.

El sector servicios relacionado con intangibles, como las empresas de tecnología y emprendimientos digitales, está experimentando una industrialización significativa y es donde hoy se genera mayor valor añadido. Barcelona, como polo de innovación, tiene una oportunidad única para consolidarse como un centro global de tecnología avanzada. Para ello, es fundamental diseñar políticas sectoriales que promuevan la creatividad y fomenten un entorno atractivo y favorable para estas empresas.

Sesión entre Miquel Puig y Rosa Nonell



En el pasado, los salarios permitían un mayor acceso a la vivienda y al bienestar. Sin embargo, hoy la clase media afronta la precariedad. La crisis de 2008 acentuó la desigualdad, con salarios estancados a pesar del crecimiento de la productividad. España necesita reformar su modelo económico, fomentar la formación, elevar el salario mínimo y transformar el modelo turístico para promover la desestacionalización del sector.



MIQUEL PUIG

Autor del libro *Els Salaris de la Ira* y ex secretario de Asuntos Económicos y Fondos Europeos de la Generalitat

Doctor en Economía y profesor de Teoría Económica en la UB y de Mercados de Infraestructuras en la UPF. Ha ocupado cargos directivos en la *Generalitat de Catalunya*, como director general de Industria, comisionado para la Sociedad de la Información y secretario de Asuntos Económicos. Impulsó la creación y privatización de *IDIADA*, así como la red de voz y datos de la Generalitat y la de radiocomunicaciones de la *CCRTV*, embrión de *Cellnex*. Ha sido director general de *Abertis Airports* y del *Consorcio de Servicios Universitarios de Cataluña*. Autor de libros de economía, colabora regularmente en diversos medios de comunicación.



ROSA NONELL

Profesora de Política Económica de la UB y miembro del *Instituto de Estudios Estratégicos de Foment*

Doctora en Economía por la *Universidad de Barcelona* y profesora de Política Económica en el Departamento de Econometría, Estadística y Economía Aplicada. Es miembro del grupo de investigación de la *Generalitat de Catalunya* sobre políticas públicas y regulación económica, Gobiernos y Mercados, así como del Instituto de Economía Aplicada y del Observatorio de Análisis y Evaluación de Políticas Públicas de la UB. Ha desempeñado diversos cargos de responsabilidad en gestión universitaria y en la transferencia del conocimiento, colaborando con el *Círculo de Economía* y el *Instituto de Estudios Estratégicos de Foment*.



SESIÓN 3

¿PODEMOS CONFIAR EN EL CAPITALISMO?

**Resumen de la conversación
entre Jordi Gual y Esther Vera**

Introducción

El título de esta sesión hace referencia al libro *Confiar no tiene precio. La confianza en el capitalismo y las políticas públicas* (Debate, 2024), de Jordi Gual, cuya motivación es analizar hasta qué punto el sistema de libre mercado, la economía capitalista, dispone de las herramientas necesarias para generar confianza en la población. Este modelo ha predominado en los países occidentales desde la Segunda Guerra Mundial, configurándose como una economía de mercado regulada por las intervenciones del Estado. Estas medidas tienen lugar tanto en el ámbito de la gestión macroeconómica, incluyendo las políticas financieras y fiscales, como en el plano microeconómico, incidiendo en diferentes mercados para modificar su funcionamiento.

Por lo tanto, se plantea que este sistema no puede operar de manera completamente libre, puesto que los errores de mercado requieren intervenciones tanto macroeconómicas como microeconómicas por parte de las autoridades. Además, esta estructura ha generado una profunda decepción. Esto se hizo especialmente evidente durante la gran crisis financiera y en las actuaciones posteriores que, a pesar de intentar mejorar el funcionamiento, no lograron satisfacer las expectativas sociales. El rechazo contra el modelo se ha extendido hasta el punto de que, en algunos casos, podría haber contaminado no solo la percepción sobre la economía de libre mercado sino, también, la confianza en la democracia liberal.

Así, la cuestión central es comprender por qué la economía de mercado, moderada por la regulación del Estado, no ha sido capaz de responder a las demandas de la población. A pesar de los intentos por corregir las disfuncionalidades del capitalismo, persiste una desconfianza generalizada hacia el sistema.

¿Cuál es la relación entre confianza y progreso?

El concepto de confianza tiene una raíz muy antigua en el análisis de la economía política. El economista *Adam Smith*, conocido principalmente por *La Riqueza de las Naciones*, también escribió un libro igualmente importante, la *Teoría de los Sentimientos Morales*. En esta obra, *Adam Smith* argumenta que el ser humano no se guía únicamente por el interés propio sino, también, por el bienestar de los demás, y no solo por motivaciones materiales sino, además, por aspectos de su vida que no son tangibles. Este fundamento explica por qué la confianza es indispensable para el funcionamiento efectivo del libre mercado.

El amor propio, que es diferente al egoísmo, es una inclinación natural en las personas. Del mismo modo, lo es el amor hacia los demás. Los dos libros de *Adam Smith* evidencian que la combinación —en diferentes grados— de estas dos tendencias fomenta la confianza en las relaciones humanas y sociales.

Otro economista fundamental en la teoría moderna, *Kenneth Arrow*, pionero de la economía moderna, expresó con claridad que la confianza es crucial para que las transacciones económicas se desarrollen con fluidez en los mercados. La razón es que no todo se puede especificar en un contrato. Surgirán circunstancias imprevistas y, si existe confianza entre las partes, será más sencillo resolverlas constructivamente, favoreciendo el buen funcionamiento del sistema económico.

Sin embargo, esta idea suele olvidarse debido a la extendida percepción de que, en el libre mercado, las personas actúan exclusivamente en función de su interés propio y material. No obstante, como señalaba *Adam Smith*, esta acción asociada al egoísmo debe complementarse con el altruismo, también inherente al ser humano. La generosidad necesaria para establecer relaciones de confianza mejora el funcionamiento de las transacciones comerciales y económicas.

Una reflexión básica nos revela que la confianza no tiene precio. Si la confianza pudiera comprarse, dejaría de ser confianza. Pero esto no implica que carezca de coste. Cuando confías en alguien, asumes un riesgo, ya que esa persona podría decepcionarte. Del mismo modo cuando alguien deposita su confianza en nosotros, adquirimos un compromiso, no necesariamente monetario pero sí moral. Para construir relaciones de confianza es fundamental ser generoso y tener en consideración los intereses de la otra parte. Esto es parte de nuestra naturaleza como seres sociales, que nos lleva a preocuparnos por los demás más allá de nuestras propias motivaciones. Este es el punto clave: si solo pensáramos en nuestro interés propio y material, la economía de mercado podría generar resultados adversos.

¿Qué generó la desconfianza provocada por la gran crisis de 2007-2008?

Un momento de ruptura en la confianza hacia el sistema, vivido de manera traumática por la sociedad, fue la gran crisis de 2007-2008. Este suceso tuvo su origen principal en políticas monetarias excesivamente expansivas y en una innovación financiera mal regulada. Además, la opinión pública no percibió que las soluciones implementadas durante esa situación crítica beneficiaran al conjunto de la población.

El modelo de economía de libre mercado posee una enorme capacidad para generar riqueza y bienestar. Sin embargo, presenta al menos dos limitaciones estructurales importantes. En primer lugar, su dinámica puede propiciar la formación de burbujas financieras, es decir, momentos en que los precios de los activos financieros se desvían de su valor fundamental, generando desequilibrios significativos. En segundo lugar, aunque crea una gran cantidad de riqueza, esta se distribuye de manera desigual, lo que plantea interrogantes éticos

sobre la justicia distributiva del capitalismo y fomenta un debate recurrente.

A lo largo del tiempo, la política económica y la economía ortodoxa han desarrollado diversas ideas para abordar estos problemas recurrentes del sistema capitalista. En el caso de la crisis financiera, las causas pueden atribuirse, por un lado, a una política monetaria excesivamente laxa durante las dos décadas previas y, por otro, a una regulación financiera inapropiada. Sin embargo, es importante reconocer que regular adecuadamente el sector financiero representa un desafío de enorme complejidad.

Existen ámbitos en los que los errores de mercado requieren intervenciones que no siempre son fáciles de ejecutar. En ciertas ocasiones, lejos de resolver el problema, el regulador lo agrava. Durante la crisis, algunas medidas regulatorias resultaron contraproducentes y, junto con una política monetaria expansiva, contribuyeron a la formación de una burbuja cuyo estallido provocó graves consecuencias. Esta situación generó desconfianza hacia el sistema, ya que muchas personas habían construido expectativas de futuro poco realistas, debido a un crecimiento desmesurado en los años anteriores. Este exceso no fue controlado a tiempo, en parte por falta de educación financiera, pero también por una actuación reguladora poco efectiva.

La regulación es un instrumento diseñado para corregir las disfunciones del mercado y lograr una asignación más eficiente de los recursos, pero no está concebida para la redistribución de la riqueza. A pesar de ello, en la práctica política se utiliza en ocasiones como herramienta de repartición, orientándose a favorecer a los propios votantes o ciertos segmentos de la población con intención de recibir apoyo electoral.

Además, se suele atribuir al capitalismo la responsabilidad de numerosos problemas como los medioambientales. En la mayoría

de los casos, el inconveniente no radica tanto en el sistema como en las políticas implementadas, que no siempre son acertadas. En Europa, por ejemplo, observamos una tendencia en los organismos supervisores hacia un exceso normativo, motivado por la necesidad de justificar su poder, prestigio o existencia. Pero esto no garantiza que la regulación cumpla sus objetivos. Por lo tanto, si en lugar de enfocarse en corregir los errores de mercado, el regulador persigue otros fines, como mantener el poder del regulador o responder a intereses políticos, no solo no resuelve los problemas del modelo, sino que contribuye a aumentar la desconfianza en él.

¿Qué papel han jugado las políticas fiscales en el aumento de la desconfianza?

La inestabilidad financiera, una de las principales debilidades del capitalismo, se produce habitualmente en el sector privado, pero también puede tener su origen en el ámbito público. Cuando la inestabilidad proviene del sector público, las causas obedecen a factores distintos. Por diversas razones, las administraciones pueden implementar políticas fiscales insostenibles que acaben generando niveles insostenibles de endeudamiento. Este fenómeno está, en ocasiones, vinculado a los ciclos electorales y al hecho de que las autoridades fiscales suelen estar estrechamente ligadas al poder político.

En el campo de la política monetaria, los bancos centrales independientes permiten cierta separación entre las decisiones políticas y las económicas. Sin embargo, en el caso de las autoridades fiscales, pocos países disponen de órganos independientes encargados de la política fiscal y con suficiente poder político para frenar la tendencia crónica de muchas democracias a generar déficit público y acumular deuda.

La prudencia fiscal es impopular, y la mera mención de la austeridad se ha convertido en un tabú político. Por ejemplo, en Europa el debate actual gira en torno al incremento del gasto en Defensa. ¿Por qué no se opta por incrementar los impuestos para financiar este gasto en lugar de recurrir a la deuda? Un país frugal afrontó esta situación eliminando un día festivo nacional, lo que implicó aumentar la jornada laboral anual y destinar los impuestos recaudados a la Defensa. Aunque controvertida, la medida se implementó con éxito.

Es importante subrayar que el sector público puede generar, también, inestabilidad financiera, afectando especialmente a los segmentos más vulnerables de la población. Este enfoque provoca desconfianza a corto plazo, ya que, muchas veces, se toman decisiones financieras que exceden los recursos disponibles. Con el tiempo, acaban imponiéndose restricciones internacionales, ya sea por la pertenencia a la Unión Económica y Monetaria o por las presiones de los mercados de capitales, que penalizan a los países con ratios insostenibles de deuda pública.

¿Qué crisis estamos alimentando? ¿Hablamos de inflación? ¿De deuda?

En el contexto actual, la preocupación principal radica en cómo las tenencias de deuda pública por parte del Banco Central facilitan la persistencia de desequilibrios presupuestarios. Esto es particularmente grave en el contexto de la Unión Europea. Los bancos centrales son instituciones que se basan, al igual que los bancos comerciales, en la confianza. La confianza es, de hecho, un elemento esencial de su funcionamiento. En el caso de los bancos comerciales, es crucial la seguridad que los depositantes perciben respecto a sus ahorros y la fiabilidad atribuida a la capacidad de los bancos para recuperar los créditos otorgados. Por su parte, los bancos centrales se sustentan en la

credibilidad de que serán capaces de preservar el valor de la moneda. La credibilidad de sus compromisos en materia de inflación depende de que logren cumplir sus propios objetivos.

La desconfianza de la opinión pública hacia los bancos centrales y el sistema financiero puede tener implicaciones sistémicas. Los bancos centrales enfrentan el reto de mantener su credibilidad mientras intentan controlar la inflación, tarea que no siempre logran con éxito. Durante los años que condujeron a la gran crisis financiera, se implementaron políticas excesivamente acomodaticias. Posteriormente, recurrieron a medidas excepcionales y no convencionales, que derivaron en tipos de interés negativos, tanto en el corto como en el largo plazo. Más recientemente, hemos sido testigos de un repunte inflacionario cuyo origen no está completamente claro. Algunos economistas atribuyen esta situación a problemas de oferta, mientras que otros consideran que, durante la pandemia del COVID-19, los bancos centrales se excedieron en la creación de liquidez, contribuyendo al episodio inflacionario que hemos experimentado.

¿Qué consecuencias tiene la desconfianza en los bancos centrales y en el sistema financiero?

En general, se observa una pérdida de confianza en las economías y sociedades occidentales: en los liderazgos, en el sistema, en los partidos políticos y en las instituciones. Algunos organismos generan mayor credibilidad entre los ciudadanos -especialmente y, por suerte, la justicia y la policía. En el otro extremo, los partidos políticos son los que despiertan más dudas, seguidos de los gobiernos. Las autoridades monetarias, que cuentan con un carácter independiente, están algo mejor valoradas, aunque no alcanzan los niveles de confianza que tienen la justicia y la policía. Además, existe una gran disparidad

entre los diferentes países de la Unión Europea. En los niveles más bajos de confianza se sitúan Grecia y algunas naciones del este de Europa, mientras que en la parte más alta destacan Estados como Dinamarca, Holanda, Suecia y otras del norte del continente. España se ubica en una posición intermedia.

Además de los esfuerzos que puedan efectuar los bancos centrales para mantener su reputación, cada país tiene importantes reformas pendientes. Al analizar las diferencias entre Estados con mayor o menor confianza, observamos que las políticas implementadas son muy variadas. En el norte de Europa, donde las finanzas públicas están controladas, se constituyen fondos soberanos en épocas de bonanza económica para intervenir en momentos de crisis y dificultades.

El modelo económico, en su fase primaria, genera desigualdad antes de la acción correctora del Estado vía impuestos y transferencias. Es decir, crea riqueza, pero no la distribuye de manera equitativa. Las políticas fiscales y las transferencias dentro del Estado de bienestar compensan este desequilibrio. Sin embargo, en muchos Estados de la Unión Europea, el malestar social continúa siendo significativo y no disminuye. También se observa que los países con más credibilidad y confianza mutua entre sus ciudadanos son aquellos donde existe una mayor implicación para garantizar la inclusión social, donde las personas se sienten tratadas con dignidad y pueden participar activamente en la sociedad. Por lo tanto, no es necesario aumentar los impuestos ni el gasto social, sino implementar medidas eficientes que fomenten la integración. De este modo, se pueden mitigar los efectos negativos de ciertas dinámicas del capitalismo que, en ocasiones, se ven acentuados por las políticas financieras.

Las medidas financieras que estuvieron detrás de la burbuja de 2007 y de algunos acontecimientos recientes deberían haber estado mejor orientadas. Sin embargo, los aspectos financieros son un ámbito

sobre el cual, desde la perspectiva de España o Cataluña, tenemos poco margen de acción. En cambio, en las políticas presupuestarias, de redistribución y en el mercado laboral, podemos tener un impacto significativo en el ámbito local.

¿Cómo mejorar la situación de los trabajadores cuyos salarios no les permiten vivir dignamente?

Uno de los principales problemas del mercado laboral es la protección excesiva del puesto de trabajo, una herencia de la Transición. Se prioriza la estabilidad del empleo sobre la empleabilidad de las personas. Por ello, deberíamos emular a los países que han implementado el modelo de flexiseguridad.

Es fundamental realizar una amplia pedagogía pública y social, por ejemplo, acerca del funcionamiento del seguro de desempleo. Este instrumento cumple una función macroeconómica: permite que las personas desempleadas continúen buscando trabajo activamente manteniendo su nivel de ingresos durante periodos adversos, lo que estabiliza la demanda agregada. Sin embargo, el Banco de España realizó un estudio que demostró que las prestaciones por desempleo en el país son generosas al inicio y tienen una duración considerable. Esto provoca que, en muchos casos, las personas comiencen a buscar trabajo activamente solo cuando están cerca de agotar el subsidio de paro. Además, este beneficio se ha convertido en un derecho adquirido, dejando de ser un instrumento de política económica que responda a sus objetivos originales.

Aunque las personas no siempre actúan motivadas exclusivamente por el egoísmo o el interés propio, los incentivos son importantes. El diseño del estado de bienestar incluye prestaciones que, en ocasiones, desincentivan la búsqueda activa y la aceptación de empleos disponibles. Esta combinación de factores explica, en parte, la situación

actual. Además, quienes se benefician del contexto actual forman una coalición política que dificulta romper el statu quo e impide el cambio. Esto se ha evidenciado, por ejemplo, en el debate sobre los contratos temporales frente a los indefinidos, una de las dimensiones más problemáticas del mercado laboral.

¿Pueden las empresas ayudar a generar más confianza en nuestra sociedad?

La confianza tiene un gran valor, pero fomentarla requiere esfuerzo y generosidad. Es importante destacar que la credibilidad se difunde entre los ciudadanos, tanto en positivo como en negativo. Cuando una persona confía en otra, esta última responde al reto y hace honor a esta responsabilidad. Este mecanismo de reciprocidad genera un efecto en cadena: esa persona que confía estará más dispuesta a hacerlo también con otras. Pero, si no se cumplen sus expectativas, el resultado es el opuesto. Por lo tanto, nuestra sociedad puede crear círculos de seguridad que favorezcan el progreso económico y social. Esto es especialmente relevante en las unidades sociales con las que interactuamos, como las empresas.

Un ejemplo interesante es *Danone*, que intentó incorporar objetivos sociales y medioambientales en su estrategia para contribuir a la sociedad. No obstante, su presidente ejecutivo tuvo que renunciar porque los inversores consideraron que la rentabilidad de la empresa era insuficiente en comparación con competidores como *Unilever*, que cumplía ciertos objetivos de ESG (factores ambientales, sociales y de gobierno corporativo, por sus siglas en inglés), y generaban mejores resultados económicos. Aunque *Danone* trataba de instaurar un modelo empresarial alternativo, las presiones del mercado la obligaron a desistir. Tal vez esta propuesta habría sido viable con un sistema regulador más tolerante hacia la diversidad de modelos empresariales.

Otro caso ilustrativo es *Mars*, una empresa familiar no cotizada, que ha mantenido un enfoque diferente. Su objetivo no es la maximización inmediata de beneficios, sino la preservación y el crecimiento futuro de la compañía. *Mars* busca obtener ganancias suficientes para compensar el riesgo asumido, garantizar la reinversión y generar valor para todos los *stakeholders*: no solo para los accionistas sino, también, para los trabajadores, los proveedores, los clientes y las comunidades donde está presente.

Crear un entorno de confianza entre los diferentes *stakeholders* y lograr su compromiso es posible si los líderes actúan con credibilidad. Es crucial la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace, de forma que no se traicione la confianza de los trabajadores y demás grupos interesados.

Disponer de un equipo comprometido proporciona habitualmente una ventaja competitiva para consolidarse en el mercado. Para lograrlo, es necesario que los propietarios de la empresa compartan una visión a largo plazo y estén alineados con este propósito. Sin embargo, cuando los accionistas tienen horizontes temporales y prioridades divergentes (algunos priorizando el corto plazo y otros, el largo plazo), es más difícil consensuar un objetivo común y mantener esta estrategia.

Por eso, es beneficioso que las empresas dispongan de capital paciente, orientado al largo plazo. Este tipo de capital permite cumplir con el propósito empresarial sin caer en la presión de maximizar beneficios a corto plazo. Aun así, es positivo mantener el contraste con los mercados, ya que su supervisión aporta rigor en la ejecución.

Sin embargo, los mercados financieros suelen estar marcados por un sesgo cortoplacista. Uno de los problemas de la economía de mercado es la volatilidad de activos de difícil valoración que cotizan libremente. Esto puede comportar que los inversores, influenciados por las

emociones más que por la razón, impulsen movimientos extremos en los precios. Estas distorsiones pueden conducir a decisiones equivocadas si no se mantiene una visión a largo plazo.

Regular estos mercados es un desafío. Aunque se suele reclamar más regulación, estas medidas, a menudo, agravan los problemas existentes. Por ejemplo, esto se observa actualmente en el mercado de la vivienda. Al menos, debería garantizarse que el sistema no favorezca implícitamente determinados modelos empresariales frente a otros y permita la competencia en igualdad de condiciones.

Los reguladores acostumbran a considerar la empresa cotizada de propiedad dispersa como modelo ideal, sin admitir que pueden existir otros igualmente válidos o incluso mejores. La diversidad empresarial es positiva: además de las empresas capitalistas puras de propiedad dispersa, pueden coexistir cooperativas, empresas familiares y fundaciones, cada una con modelos de gobernanza coherentes con su naturaleza jurídica y cultural.

En muchos casos, las políticas públicas no han cumplido sus objetivos, a menudo debido a limitaciones en los mecanismos políticos. Esto ha llevado a la sociedad a exigir a las empresas que asuman un rol más activo en la resolución de problemas sociales y, es por ello, que las empresas con propósito podrían desempeñar un papel significativo en este contexto.

¿Cuál es la situación de la confianza compartida en la Unión Europea en este momento?

La Unión Europea es un ejemplo paradigmático de la necesidad de desarrollar confianza mutua y generosidad recíproca. Para lograrlo, es fundamental que las partes involucradas acuerden los valores y criterios que guiarán las decisiones en circunstancias imprevistas.

El modelo tradicional, motor de Europa tras seis décadas de integración progresiva, se encuentra agotado. Ya no es sostenible la idea de integrarnos económicamente para, más adelante, consolidar la unión política. Esto se debe a que el último paso de inserción, la Unión Monetaria, tiene consecuencias trascendentales y, en algunos casos, amenaza la unión actual. Este modelo requiere un cambio en las instituciones de los Estados miembros que, de no llevarse a cabo, podría provocar rupturas.

En 2012, el euro estuvo al borde del colapso porque algunos países con menor historial de disciplina fiscal no habían adaptado sus instituciones para integrarse plenamente en la Unión Monetaria. Este cambio económicamente significativo resulta inviable sin un salto político, que implica ceder soberanía por parte de los Estados miembros.

Se argumenta con frecuencia que las personas poseen una disposición natural hacia la bondad. La cuestión clave es determinar el ámbito de nuestra generosidad. ¿Cuál es el perímetro social dentro del cual se acepta esa redistribución consustancial a la economía de libre mercado? Este modelo se sustenta políticamente, en parte, gracias a la reasignación. Sin embargo, la gran pregunta es cuál es la delimitación. ¿Es Cataluña? ¿Es España? ¿Es la Unión Europea? Este es el reto: reconocer un área más amplia solo será posible si avanzamos en la confianza mutua.

Sesión entre Jordi Gual y Esther Vera



La confianza es indispensable para el funcionamiento efectivo del libre mercado. A pesar de los intentos por corregir sus disfuncionalidades, persiste una desconfianza generalizada hacia el sistema. La Unión Europea es un ejemplo paradigmático de la necesidad de desarrollar una generosidad recíproca. Ese es el reto: reconocer un área más amplia solo será posible si avanzamos en la confianza mutua.



JORDI GUAL

Profesor del IESE y autor del libro *Confiar no tiene precio*

Catedrático de Economía del *IESE Business School* y doctor en Economía por la *Universidad de California, Berkeley*. Actualmente, es presidente no-ejecutivo de *VidaCaixa*, miembro del consejo asesor de *Telefónica España* y del consejo de administración de *Telefônica Brasil*. Además, ejerce como *Board Advisor* de *OXERA Consulting* y es *Research Fellow* del CEPR (Londres). Entre 2016 y 2021, presidió CaixaBank y, anteriormente, fue economista jefe y director ejecutivo de planificación estratégica en *La Caixa*. También ha formado parte de los consejos de administración de *Telefónica*, *Erste Group Bank* y *Repsol*.



ESTHER VERA

Directora del diario ARA

Periodista y politóloga especializada en relaciones internacionales, licenciada por la UAB. Con una amplia trayectoria profesional iniciada en 1986, ha trabajado en *Catalunya Ràdio*, *TV3* y *El Punt Avui*, además de colaborar como articulista en *El País*. Durante cinco años, fue delegada de *24h CNN+* y *Cuatro en Cataluña*. Entre 2011 y 2015, desempeñó el cargo de asesora especial y jefa de gabinete del conseller de Economía y Conocimiento de la *Generalitat de Catalunya*, Andreu Mas-Colell, enfocándose en la proyección de la economía catalana y la acción del gobierno a nivel internacional. Desde el 5 de enero de 2016, dirige el diario ARA.



Foment
del Treball Nacional